

LA NOVELA DE HOY



LOS NIÑOS
DE PARIS 30
cts.
POR
JOAQUIN BELDA

MU
507

Esteban

BIBLIOTECA REGIONAL



1157452

Se ha puesto a la venta la cuarta edición de

Las siete columnas

novela, por el maestro de humoristas

W. Fernández Flórez

Veinte mil ejemplares vendidos en menos de un año, dan idea del éxito obtenido por esta obra cumbre de la literatura contemporánea.

Premio Nacional de Literatura.

Precio: 5 pesetas ejemplar



Pedidos a

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, 42, Madrid.

Muy pronto aparecerá

La doble pasión

Novela de más de trescientas páginas,
por

ARTEMIO PRECIOSO

Del mismo autor, en breve: *Mi calvario* (el escritor en España) y *Los diablos fríos* (novela grande, de patología sexual).

Pedidos:

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, 42, Madrid.

Se está agotando otra obra del popular novelista

ARTEMIO PRECIOSO

que tan enorme éxito de venta ha alcanzado con "ROSA DE CARNE".

Trátase de una deliciosa recopilación de novelas y cuentos, interesantísimos, como toda la obra del autor de "ROSA DE CARNE", que lleva por título

FLORES DE PASION

CUATRO PESETAS EJEMPLAR

Pedidos a

*EDITORIAL ATLANTIDA y NOVELA
DE HOY*

Mendizábal, núm. 42.—Madrid.

Editorial ATLANTIDA

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

- La procesión de los días*, novela (3.^a edición).
"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.^a edición).
Ha entrado un ladrón, novela (5.^a edición).
La gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.^a edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.^a edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela (12.^o millar).
Las siete columnas, novela. Premio Nacional de Literatura (4.^a edición).

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

- Visiones de neurastenia* (2.^a edición). Cuatro pesetas.
Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Pedidos a
Mendizábal, 42, Madrid.

DMU
10507

94146

LA NOVELA DE HOY

FUNDADOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.—Teléfono 33380.—Apartado

Año VII

Madrid, 23 de marzo de 1928

Núm. 306

Los niños de París

NOVELA

POR

Joaquín Belda

Ilustraciones de Esteban



EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZÁBAL, 42

MADRID

R-166.449

BIBLIOTECA REGIONAL
MUNICIPAL

En el próximo número
publicaremos

**Socorro, la
Samaritana**

por

Fernando Mora



ILUSTRACIONES DE
VAZQUEZ CALLEJA

I

A los diez y siete años Carlitos Romaguillas era un muchacho puro en el sentido más amplio de la palabra.

No puro de cuerpo solamente, que ello es cosa relativamente fácil cuando nunca se ha salido solo a la calle y las criadas que hay en casa tienen todas más de sesenta y cinco años, sino puro de pensamiento, de espíritu.

Su madre, mi distinguida amiga la señora viuda de don Gonzalo Romaguillas, gobernador que fué de la provincia de Teruel en tiempos del general Azcárraga, había educado a su hijo casi único con un cuidado, empleando unas precauciones físicas y morales que si las aplica al cultivo de una especie exótica de lechugas le consiguen una medalla de oro en cualquier exposición agrícola.

No era doña Bernarda, que así se llamaba la viuda de Romaguillas, mujer gazmoña ni de esas que el vulgo llama beatas. Claro que creía en la existencia de Dios, que estaba bautizada y que entraba en una iglesia de cuando en cuando, sobre todo en los meses del verano, durante los cuales los templos del Señor suelen estar bastante frescos; pero su práctica de los deberes religiosos era bastante intermitente, y más de un domingo se quedaba sin oír misa porque... *se le había pasado.*

Su afán moralizador, intransigente y rabioso, no era, pues, como suele serlo en muchos casos, una consecuencia de la devoción: era... ¡quién sabe!, acaso el funcionamiento defectuoso de alguna glándula de secreción interna, que al parecer son las que, en unión de los novelistas pornográficos, tienen la culpa de cuanto malo pasa en el mundo.

Bernarda, mi amiga, creía sinceramente que el mundo se hundía poco a poco en el abismo por culpa de la inmoralidad, de eso que se llama desenfreno y licencia de las costumbres, y, desde que su hijo Carlitos nació, se propuso que por lo menos aquella sonrosada partícula del género humano que acababa de salir de sus entrañas, estuviera libre de contagio.

Es de justicia decir que lo consiguió, y también es justo afirmar que la cosa le costó un trabajo considerable.



Aunque ella no lo decía, yo estoy seguro de que si Carlitos fué criado con biberón, no lo fué por seguir la moda más o menos inglesa y más o menos higiénica; fué para evitar que, aun en los balbuceos de su infancia, el ángel de Dios pudiera enterarse, por el tacto, de lo que la mujer esconde en su seno.

Se diría que doña Bernarda había leído a Freud y tenía por ello la sospecha de que la vida sexual empieza en las criaturas desde que la comadrona les secciona implacable el cordón umbilical.

Con biberón y con un ama seca, que lo era mucho más que el autor de "La venganza de don Mendo", fué saliendo adelante el hijo de Romaguillas. El aspecto de la tal ama era tan bigotudo y sarmentoso que los íntimos de la familia afirmaban con toda seriedad no ser una mujer, sino un antiguo portero del Gobierno civil de Teruel, el cual, por afecto a la familia de su jefe y por cien pesetas mensuales, se prestaba a aquel disfraz, que en un martes de Carnaval acaso le habría proporcionado un accésit.

En el resto del año lo que le proporcionaba era una de chufas y de dicterios de los transeuntes cuando salía a pasear al chico, por la Castellana, que volvía a casa con las meninges inflamadas.

A pesar de la amistad que me unía—y me une—con la familia Romaguillas, no pude nunca

descifrar el enigma de aquel ama—o amo—seca.
Nos quedaremos, pues, en la duda, aunque no
sea más que para dar gusto a Descartes.

II

Doña Bernarda tenía, y tiene aún, un hermano, unos años mayor que ella, llamado Lorenzo, el cual, por esa antítesis tan común en las familias bien avenidas, era todo lo contrario que su hermana.

Quiere decirse con esto que, para Lorenzo, el estado perfecto del hombre era el de juerga, y que si alguna madrugada, por puro olvido, se metía en la cama sin haber faltado gravemente a eso que se llaman conveniencias sociales, sentía unos remordimientos tan atroces que sólo podía conciliar el sueño atracándose de sales de frutas.

Doña Bernarda—¡y esto también es muy humano!—adoraba a su hermano: siempre los hombres que tienen fama de mujeriegos y disipados suelen ser los niños mimados en el seno de las familias.

No hay que decir que Lorenzo era solterón desde que nació. Había estado casado, pero su pobre mujer—¡una santa!—que murió a los tres años de matrimonio, afirmaba, y sus razones tendría para ello, que estaba casada con un hombre soltero. Bien es verdad que Lorenzo, en esos tres años de vida conyugal, no durmió en su casa más que unas quince o veinte noches... las mismas que estuvo con un ataque gripal que por poco le lleva, por el camino más corto, a la sacramental de San Lorenzo.

El lector habrá visto que tío Lorenzo era un tío de comedia; uno de esos tíos, escépticos y juerguistas, que salen a escena en las comedias mundanas, con el especial encargo de decir todas las verdades impertinentes que el autor no se atreve a poner en boca del protagonista de la obra, por miedo a que las tales verdades parezcan al auditorio poco serias.

Cuando Carlitos nació, tío Lorenzo vió el cielo abierto. Tenía él ganas de tener un sobrino, y tenerlo realmente a su disposición.

Antes dijimos que el muchacho era hijo *casi* único de su madre: doña Bernarda tenía una hija, ya mayorcita, que vivía en París, donde se había casado con un francés, monsieur Couliche, que tenía en Auteil una gran fábrica de paraguas eléctricos. Hacía varios años que madre e hija no se habían visto más que en retrato, y por ello



Estelan

Carlitos crecía casi como un unigénito, y tío Lorenzo le adoraba como a tal.

Apenas nacido entablóse una batalla entre él y la madre, a propósito del pequeñuelo.

El tío decía que quería educarlo a su manera, lo cual, a juicio de la madre, era lo mismo que cometer un infanticidio. Para empezar, el festivo señor quiso que el bautizo del muchacho se celebrase en un reservado de "Los Burgaleses", alegre restaurante de la calle del Príncipe, en el que don Lorenzo tenía cuenta abierta hasta la consumación de los siglos.

Claro que doña Bernarda se opuso, y ganó ésta primera escaramuza.

Renováronse las hostilidades al tratar don Lorenzo de buscar una nodriza para Carlitos. Le parecía a él que eso de ir a buscarla al valle de Pas o al de Ansó era cosa muy vista, y quiso meter en la casa, en calidad de ama de cría, a una muchacha preciosa, que siendo tiple del teatro Reina Victoria—¡de nostálgica y felicísima memoria!—había tenido un tropiezo, yendo a curarse de la lesión a la Maternidad.

Ya se ha dicho antes cómo resolvió doña Bernarda el problema desde el primer día: con el biberón y un ex portero de un Gobierno civil.

Tío Lorenzo fué perdiendo terreno desde entonces. La madre se puso seria y exigió de su hermano, bajo palabra de honor y juramentos múltiples que, dando de mano a sus impulsos...

pedagógicos, ¡llamémosles así!, respetase siempre la inocencia del chico, con el que ella, más que obra educativa, parecía querer hacer una experiencia de laboratorio.

No fué el menor triunfo de la noble dama este de lograr que el calaverón de su hermano fuese ante su sobrino, en obras y en palabras, algo así como un redactor de "El Debate", el simpático periódico de las derechas.

Pero el triunfo, como casi todos los que se conquistan en la vida, no se logró sin proporcionar a tío Lorenzo una gran amargura. ¡El, que había contado con aquel sobrino, caído del cielo, para dejar un heredero de sus hazañas!

Resignado, con esa blandura espiritual que deja siempre la resignación, el solterón se quedaba a veces mirando a Carlitos, mientras se debatía en las rodillas de la madre, o saciaba su fisiología sobre los muslos del antiguo portero del Gobierno civil.

Don Lorenzo no decía nada, pero había en su mirar como una queja y también como un lamento. Y en su interior formulaba una frase que no se atrevía a salir a sus labios:

—¡Qué lástima! ¡Y yo que te hubiera enseñado tan divinamente a cantar flamenco!

III

Carlitos fué creciendo, y fueron haciéndolo a la par los cuidados de la madre.

La tarea en que mi amiga doña Bernarda se había empeñado era sumamente difícil. ¡El mundo está tan echado a perder!

Cuando llegó el momento de que el muchacho aprendiese las primeras letras, a la buena señora se le planteó un problema gravísimo.

¿Debiera, en realidad, su hijo aprender a leer?

Ella había oído hablar muchas veces de los graves peligros de las malas lecturas. No ya los curas, con sotana o sin ella, sino aun gentes que pasaban por profesar ideas avanzadas y ser de la cáscara amarga, afirmaban muy seriamente que hay libros y periódicos que corrompen a la juventud, y aplaudían *con sus cuatro extremidades* las medidas que los Gobiernos dictaban, un poco ingenuamente, para poner un dique a la

pleamar de los escritos torpes... también bastante ingenuos por regla general.

¿No se libraría Carlitos de ese daño quedándose sencillamente sin saber leer?

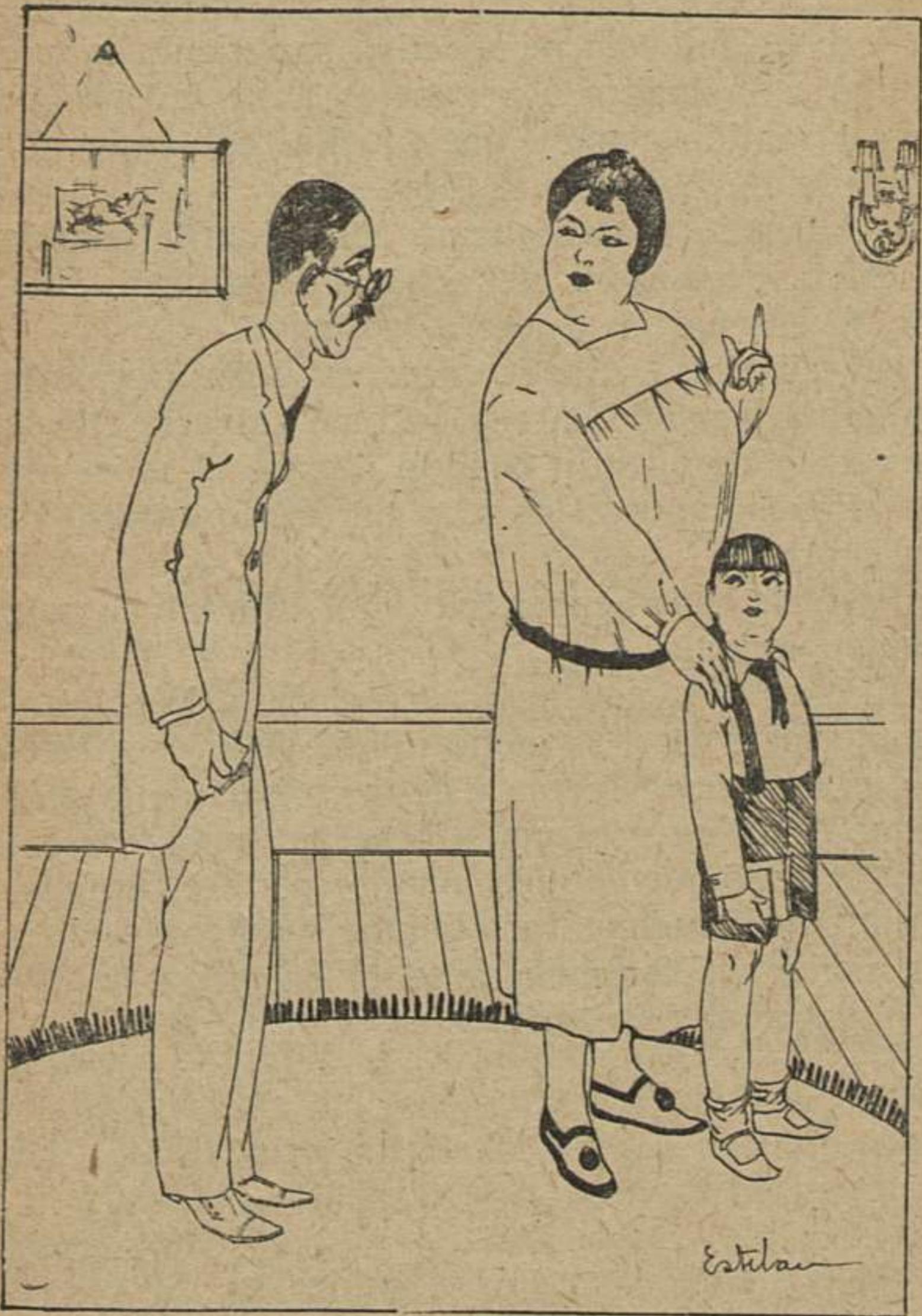
Pensándolo con calma, hay que reconocer que la duda—nunca fué más que una duda—de doña Bernarda no carecía de fundamento lógico. Es ridícula la queja contra el analfabetismo, planta que crece en ciertos países con tanta lozanía, cuando a los individuos que saben leer se les quiere luego tasar el derecho a toda clase de lecturas.

Además, mi buena amiga, que era, a pesar de todo, una persona inteligente, estaba harta de ver que hoy en el mundo todas las cuestiones se arreglan con el sistema de aquel señor que se cortó una mano para evitar que le creciesen demasiado las uñas de los dedos. Es lo que se llaman medidas radicales...

Así, para que Carlitos no leyese a Bocaccio ni a Alvarito Retana, lo mejor era que no aprendiese a leer.

Fué tío Lorenzo el encargado de disipar, con bastante energía, por cierto, aquella duda peligrosa de su hermana.

—¡Voy a creer que estás loca! Yo, desde ahora, te aseguro que estoy dispuesto a suicidarme si el chico, antes de medio año, no lee de corrido. ¡No quiero soportar la vergüenza de que en mi familia haya un analfabeto!



Estilau

Pero no fué esta perspectiva sangrienta la que obligó a la madre a renunciar a su indecisión: fué el sentido común, que un día, hablando por boca de tío Lorenzo, le dijo:

—Además, tu precaución sería inútil: cuando el chico fuera al cuartel a hacer su servicio militar, le enseñarían a leer a la fuerza.

¡El cuartel!... Hasta entonces doña Bernarda no había pensado en ello. ¿Cómo salvaría ella la inocencia de su hijo cuando llegase el momento de atravesar por el patio y por el dormitorio de un cuartel?

Prefería no pensar en ello. ¡Faltaba tanto tiempo todavía!

El caso fué que Carlitos aprendió a leer y, andando los meses, se metió por el peligroso terreno de las cuatro reglas y de las partes de la oración. Venía un profesor a casa, un hombre escogido y previamente aleccionado; pero el verdadero jefe de estudios era la madre, vigilante y alerta, como un centinela ante el enemigo.

Y los años pasaron...

IV

... y, en uno de ellos, Carlitos Romaguillas cumplió los diez y siete.

Cuando en la calle, yendo en compañía de su madre, pues solo no salía jamás, se cruzaba con una mujer, experimentaba una sensación de miedo más que de vergüenza, como si aquel ser humano que él se imaginaba de un sexo distinto al suyo—se imaginaba nada más—, estuviera dispuesto a hacerle daño en cuanto se descuidase.

Doña Bernarda no había incurrido en la vulgaridad de hablar a su hijo de las mujeres como de un enemigo del que había que huir: se limitaba a no hablarle nunca de ellas. Y cuando alguna vez tío Lorenzo, a solas con su hermana, le preguntaba:

—Pero, ¿y cuando el chico sea mayor, quién le va a enseñar... lo que tiene que hacer?

... la noble dama contestaba:

—Cuando ese caso llegue, la Naturaleza hará lo que tiene que hacer.

¡La Naturaleza! ¡Buena está la Naturaleza! Mucho se abusa de tal vocablo, y a doña Bernarda, como a muchas de las personas que lo usan, se les pondría en un grave aprieto si se les preguntara qué entienden por eso de la Naturaleza.

En la misma casa en que habitaban doña Bernarda y su hijo vivía, en otro piso, un matrimonio joven unido a la viuda de Romaguillas por una buena amistad. Un día, o mejor dicho, una noche, a las once menos cuarto, la casada joven dió a luz un niño.

La cosa no tiene nada de particular, y puede ocurrirle a cualquiera: si de ella se habla aquí es porque el natalicio del infante estuvo a punto de ser para Carlitos una revelación. ¡Una terrible revelación!

El chico, en las diferentes veces que veía a la casadita, que era por cierto más apetitosa que la salsa tártara, no podía menos de reparar en que en su cuerpo, moldeado a torno, había una región—la que llamamos abdominal las personas cultas—que aumentaba su volumen a medida que pasaban los meses. Y un día, con esa despreocupación que sólo da la verdadera inocencia, formuló ante su madre la pregunta:

—Oye, mamá, ¿qué le pasa a la señora del piso de arriba, que cada día está más gruesa?

Doña Bernarda, aunque tenía previsto el caso,

no dejó de sentir una impresión desagradable al verse obligada a contestar a la pregunta.

—¡Pobrecilla!—le dijo—. Está muy enferma: me parece que van a tener que hacerle una operación.

Pasaron nueve meses, y una noche doña Bernarda estuvo a punto de tener con su hermano Lorenzo el disgusto más grande de su vida. Ocurrió que el buen hombre entró en la estancia en que madre e hijo estaban pasando la velada, y dijo, en el tono más natural del mundo:

—La señora de arriba está dando a luz. Al entrar yo en el ascensor subía el doctor Echalungurri.

—¿Qué dices que está haciendo la señora de arriba?—preguntó Carlitos, bañándose en candidez.

La dama fulminó a su hermano con la mirada; mirada que no hubiera sido más horrible si el buen señor hubiera vomitado la más atroz de las blasfemias.

—Anda a acostarte, hijo mío—dijo para salvar la situación.

Y cuando se vió a solas con Lorenzo le dijo, con un tono en el que había tanta severidad como amargura:

—Aunque me duela, voy a tener que prohibirte la entrada en esta casa.

A la mañana siguiente, la propia madre se encargó de dar a su hijo la noticia del aconteci-

miento que, después de todo, él no podía seguir ignorando.

—¿No sabes, hijo mío? A la señora de arriba le han traído un niño de París.

—¡Ah!

Y no dijo más el mancebo.

V

De París también llegaron poco después a casa de doña Bernarda, no niños precisamente, sino unas noticias que fueron para ella como el preludio de una catástrofe.

Ya se ha dicho que en París vivía, casada con un fabricante de paraguas, una hija de la ilustre dama, ausente de España desde hacía mucho tiempo: a esta señora le ocurrió un incidente del que nadie está libre, y fué que se quedó viuda.

A doña Bernarda la noticia no le produjo mucha impresión: apenas conocía a su yerno, y la ausencia es para los dolores morales un anestésico poderoso. Pero a los pocos días del suceso la buena madre recibió una carta de su hija que le puso, no digamos carne de gallina, pero sí el corazón en vilo.

“... al quedarme sola en el mundo—decía la viuda—no puedo dejar de volver la vista a mi fa-

milia. Tú no, mamá, porque ya no estás en edad de cambiar tu vida, pero mi hermano, del que casi me he llegado a olvidar, no haría nada de más viniendo a verme y a pasar una temporada conmigo...”

Doña Bernarda estuvo a punto de estrujar la carta al llegar ahí. ¿Su hijo en París? ¡Qué locura! Sería como echar abajo toda su obra de diez y siete años.

Inventó un pretexto: los estudios del chico, su salud débil, algo que le impedía salir de Madrid. Pero la hermana supo triunfar del egoísmo de la madre y, en una segunda carta, le dijo lo que no había querido decirle en la primera.

“... Gastón — Gastón era el difunto — se ha acordado, antes de morir, de su sobrino, a quien apenas conocía, y, como no hemos sabido fabricar hijos, le ha dejado una renta vitalicia de veinte mil francos, a cambio de que todos los años pase tres meses a mi lado aquí en París. Yo ya sabes que no puedo moverme de aquí, por culpa de la fábrica.”

Una renta de veinte mil francos, sobre todo traducida a pesetas, no era ninguna fortuna, pero tampoco se podía despreciar; el franco mejoraría alguna vez, y hubiera sido insensato tirar por la ventana lo que por ella tan fácilmente se **entraba**.

Aun así, doña Bernarda vaciló; una vez más tío Lorenzo resolvió sus dudas.

—Tu hijo no irá solo a París, yo le acompañaré—le dijo—. Y te prometo que, así como hasta aquí he sabido respetar su ignorancia, allí sabré defenderla también. ¡Te lo juro! ¿No te basta con éso?

Se puso tan solemne, que doña Bernarda claudicó. Pero pocas horas antes del viaje hizo jurar a su hermano, con la mano puesta sobre una botella de coñac Couwoisier, que era para él lo más sagrado, que Carlitos volvería de su viaje a París, no tan puro como se iba, sino mucho más, si ello era posible.

VI

Tío y sobrino llegaron a la ciudad-luz en una mañana de mayo, que es el mes en que París, en cuanto a temperatura y sol, empieza a ponerse decente.

Fueron derechos a casa de la viuda, que habitaba en una casa bastante confortable de las cercanías del parque Monceau.

Carlitos no salió a la calle hasta el segundo día, y lo hizo, como era natural, acompañado de tío Lorenzo. Decidido éste a cumplir su juramento, paseó al sobrino por los bulevares, le llevó a visitar la iglesia de la Magdalena, y penetró con él en un café de la rue Royal, para tomar, ¡nada de alcoholes!, un refresco de granadina. En los días sucesivos pensaba llevarle a visitar la capilla expiatoria, la tumba de Napoleón en los Inválidos y el matadero general de la Villette; también pensó llevarle a presenciar una sesión de la



Cámara de diputados, pero a tiempo cayó en la cuenta de que en tal recinto, como en todos sus similares del mundo, se proferían a veces unos gritos y unas palabrotas que podían herir los castos oídos del muchacho.

Don Lorenzo no había estado en París desde antes de la guerra: ello quería decir que, dado su temperamento esencialmente voluptuoso, tenía verdaderos deseos de aprovecharse de la libertad de París y de todo lo que se podía hacer usando ampliamente de esa libertad.

Tendría para ello que aprovechar los ratos perdidos en que la guarda y custodia de su sobrino le dejase algún vagar. Ello era generalmente por las noches, pues una de las instrucciones para el viaje en que doña Bernarda había hecho más hincapié era en que después de las siete de la tarde el chico no saliera a la calle ni para comprar un periódico.

El juerguista, a esa hora, con el pretexto de ir a ver unos amigos, se lanzaba a la vía pública, y ya no retornaba al hogar hasta muy avanzada la madrugada. No siempre volvía en estado de equilibrio: una noche volvió sin chaleco y, en los días siguientes, por más esfuerzos de memoria que hizo, no pudo recordar dónde había dejado la prenda.

Otra vez entró en casa con una bota y un zapato; el zapato era suyo; la bota nunca se supo a quién pertenecía. Su sobrina hacía como que no

se enteraba de todo aquello, pero un día en que tío Lorenzo regresó a casa a las siete de la mañana, oliendo a amoníaco y con un bulto en la frente que parecía un merengue, la viuda se vió obligada a recriminarle suavemente:

—Por mí, no me importa, tío; pero ¡qué va a decir Carlitos!

A la noche siguiente, en vista de ello, tío Lorenzo no salió de casa; pero sí salió de su alcoba. Se había acostado a las once, y a la una menos cuarto, en pijama y con unas babuchas moras en los pies, trasladóse, con toda clase de precauciones, al cuarto de Yvette.

Yvette era la doncella del ama de la casa: una muchacha normanda muy bien construída, con un pecho que parecía un almohadón y unos ojos rasgados como con un bisturí.

Amanecía cuando tío Lorenzo volvió a su dormitorio, estancia que no caía lejos de la ocupada por Carlitos. ¿Padecía éste de insomnios? Acaso, porque la inocencia prolongada gasta a veces esas bromas. Lo cierto fué que el muchacho oyó las idas y venidas de su tío por el pasillo, y a la mañana siguiente, apenas se levantó, preguntó al interesado:

—¿Qué te pasó anoche, tío Lorenzo? Te oí pasar dos veces por la puerta de mi alcoba.

—Sí. Es que me puse malo y tuve que salir a... poner un telegrama.

Carlitos se conformó con la respuesta, y unos



días después sorprendió a todos en la casa con la siguiente salida:

—Yo quisiera ver en París la fábrica de niños.

VII

Al principio no le entendieron, pero él se encargó de aclarar lo que quería.

—Yo sé que a los niños de España, y me figuro que de las otras partes del mundo, los llevan de París.

—Es cierto—dijo tío Lorenzo, que procuraba estar siempre al quite.

—Mamá me ha dicho que hay aquí una fábrica donde los hacen, y quiero ir a verla.

Don Lorenzo y su sobrina se miraron sin saber qué decir.

En realidad no era fácil contestar a aquello. ¿Qué se podía decir? Negar lo de la fábrica sería desengañar al muchacho y tener, por consiguiente, que explicarle de otro modo la confección de esas piltrafas humanas que se llaman presuntuosamente hijos de Adán. Y si no se le

negaba, ¿qué pretexto se inventaba para no acceder a su deseo inocente?

La cosa era demasiado complicada para resuelta así de pronto; por eso don Lorenzo salió provisionalmente del paso limitándose a decir:

—Pues sí, ya iremos a verla un día.

No era Carlitos un muchacho voluntarioso; educado por doña Bernarda en una escuela de obediencia, tenía domesticada la voluntad, y las iniciativas eran en él tan raras como un rasgo de generosidad en un prestamista.

Pero, por lo mismo, en los pocos casos en que una idea pasaba de su mente a su voluntad, por muy leve que fuera al principio su desarrollo, se arraigaba en ella y adquiría una fuerza extraordinaria.

Sobre todo si, como en este caso ocurría, nadie hacía francamente oposición a su voluntad.

Desde que expresó por primera vez su deseo, raro era el día en que, en dos o tres ocasiones, no decía a don Lorenzo:

—¿Cuándo me vas a llevar a la fábrica de niños, tío?

El buen hombre había hablado del asunto más de una vez con su sobrina. ¿Qué hacer? Porque no cabía duda que había que hacer algo: el muchacho insistía, como si en la satisfacción de aquel deseo hubiese puesto toda la fuerza contenida de otros deseos que, apenas formulados en él, tenían que ser reprimidos.



—Yo le llevaría—decía tío Lorenzo—al cabaret del Infierno, y le diría que aquélla es la fábrica de niños, pero temo que el chico se me consupte.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—Porque tienen una calefacción muy exagerada, sin duda para ponerse en ambiente, y temo que a la salida el muchacho, que no debe estar muy acostumbrado, agarre un catarro.

—Pero, desengáñate, que algo hay que hacer. Hoy mismo me ha dicho que si tú no le quieres llevar, está decidido a ir solo.

Y Carlitos, cada día que pasaba, repetía, como en un ritornello:

—¿Cuándo vamos a ir a la fábrica de niños?

La cuestión era que tío Lorenzo, fábricas de niños, verdaderas fábricas de niños, conocía muchas en París, a pesar de la proverbial aplicación de la ley de Malthus; pero a ninguna de ellas podía llevar a su sobrino: para eso, antes de salir de España, había él jurado lo que había jurado.

VIII

Carlitos Romaguillas se salió con la suya, y conoció la fábrica de niños de París.

La visita tuvo lugar de noche, mientras en casa de la tía del muchacho todos dormían: todos, incluso tío Lorenzo, que aquella noche se había recogido por excepción antes de la una, porque hacía frío y se había quedado provisionalmente sin dinero.

El muchacho no sabría decir, ni siquiera aproximadamente, en qué paraje de París se encontraba situada la tal fábrica; aparte su desconocimiento casi absoluto de la topografía parisién, es que se vió de pronto dentro de un edificio sin que se diera cuenta de cómo se había introducido en él.

Vió una sala grande, inmensa, de paredes desnudas, en la que el techo era un trozo estrellado de la bóveda celeste, y la temperatura sumamen-

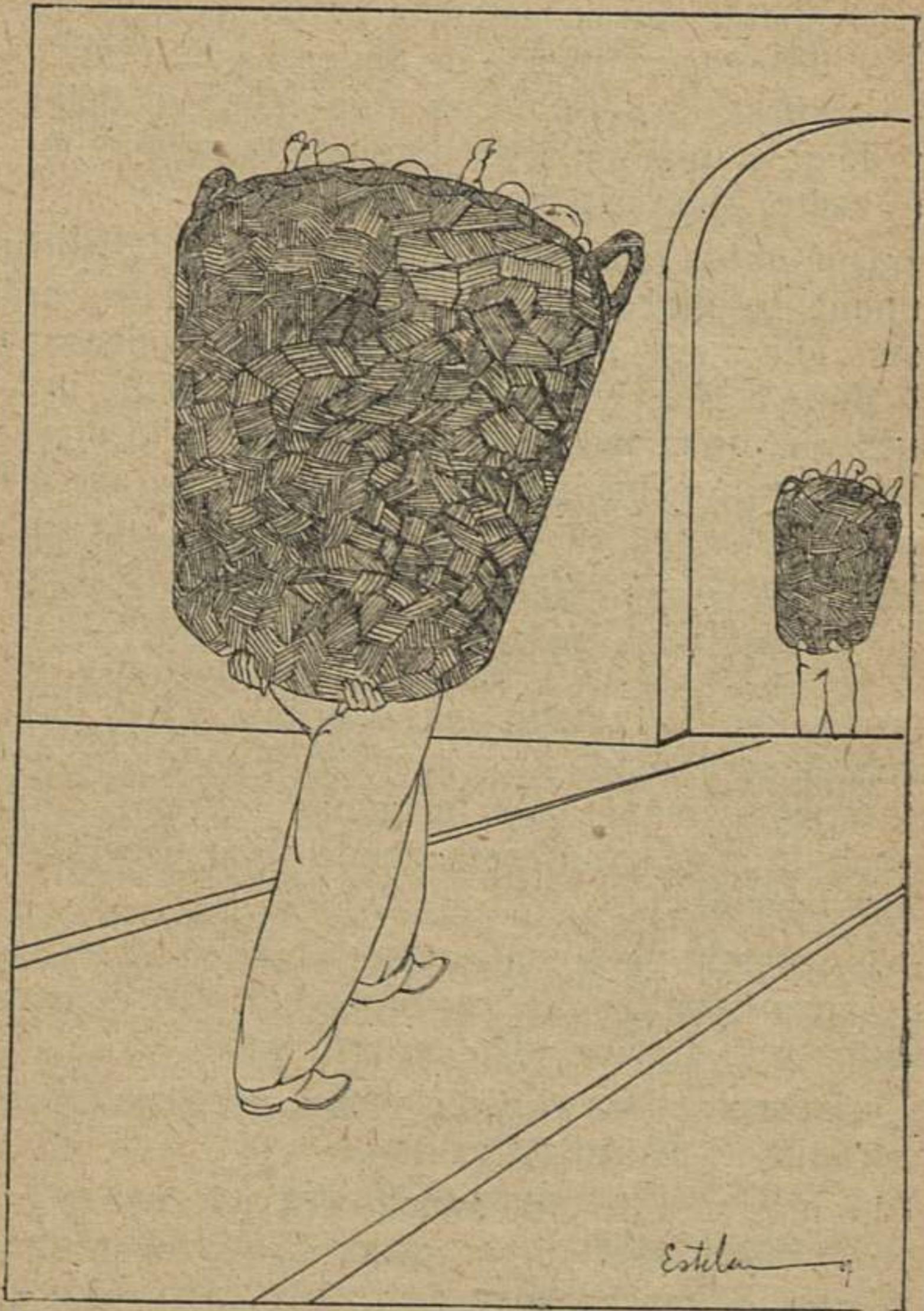
te agradable. En la estancia había muchas mujeres, un número infinito de mujeres que, vestidas —digámoslo así— sólo con algo como un delantal de gasa, manipulaban ante una mesa muy larga, tanto, que ocupaba todo el local.

¿Qué había encima de aquella mesa? Carlitos, aunque se fijaba mucho, no lo veía claro: era como una masa, una nube que se iba condensando poco a poco y disolviéndose lentamente después... Y, de cuando en cuando, de aquella masa, obedeciendo a un impulso más fuerte de una de las mujeres que en ella manipulaban, salía una forma que al principio parecía un conejo desollado, y que poco a poco se iba concretando, hasta aparecer un niño, un infantito gordillo y colorado, que derramaba unas lágrimas y que, después de ser agitado unos momentos en el aire por las mismas manos que lo habían fabricado, era arrojado a un gran cesto donde ya le esperaban otros semejantes.

De cuando en cuando penetraban en la estancia unos hombres que cargaban con uno de esos cestos y lo volvían al poco rato vacío.

—Deben ser las expediciones a provincias y al extranjero—pensaba Carlitos.

Lo más raro de todo aquello era que cuanto estaba presenciando no le producía la menor extrañeza. El muchacho lo veía todo como la cosa más natural, y como si aquel espectáculo, a pe-



Estela

sar de no haberlo visto nunca, fuese para él cosa conocida.

Después de un rato de muda expectación, él, de ordinario tan tímido para estas cosas, se acercó a una de las mujeres que trabajaban en la mesa, una morena de pechos amplios, y entabló con ella el siguiente diálogo:

—¿Qué es lo que están ustedes haciendo?

—Ya lo ves: unos niños.

—Y ¿qué sustancia es ésa?

—Un poco de barro, mezclado con *foie-gras* y glicerofosfatos.

—¿Cuánto se tarda en hacer uno?

—Ya lo ves, unos segundos. No hay más que poner un poco de buena voluntad.

—¿Y no os ayuda nadie?

—Nadie: esos hombres que entran a llevarse los cestos son también obra nuestra: los hicimos pequeñitos y luego han ido creciendo.

—¿No hay más fábrica que ésta?

—Nada más: esta casa no tiene sucursales.

—Haréis muchos al cabo del día...

—Varios miles. Al acabarse la guerra tuvimos un aumento de trabajo, porque nos pedían chicos de todas partes.

—¿Qué hacéis más? ¿Hombres o mujeres?

La morenaza se le quedó mirando y, dándole un papirotazo en las narices, le dijo, con mezcla de desprecio y sorna:

—¿Y tú, alma mía, qué sabes de eso? ¿Es que

tú, hasta ahora, te has enterado de que en el mundo hay hombres y mujeres?

El papirotazo de la morena fué tan fuerte que Carlitos se despertó.

Porque el lector, que es muy listo, ya habrá comprendido que se trataba de un sueño. El muchacho se había dormido a la hora de todas las noches, y había soñado.

IX

Se despertaba convertido en otro hombre; mejor dicho, en un hombre, cosa que hasta entonces no había sido.

Pasados esos primeros minutos en que se va del sueño a la vigilia, y en los que está uno tan idiotizado como si acabase de leer un artículo de Díez Canedo, Carlitos se dió cuenta de que había en él algo nuevo, algo que antes no existía.

Recordaba perfectamente el sueño que acababa de tener. ¿Por qué había soñado él aquello? No lo sabía: nosotros tampoco, lector, aunque podríamos hablar de ello y aun darnos cierta importancia, citando a Freud, exponiendo la teoría del rechazo sexual, del inconsciente, del subconsciente, etc., etc. Pero a Freud no se le puede citar desde que todos los reporteros de sucesos hablan de él con el mismo desparpajo que si se tratase de un ordenanza del periódico; y de todo

lo demás no me atrevo a hablarles a ustedes a propósito de un sueño, por miedo a producirles otro sueño que les lleve derecho al catre.

Sin profundizar tanto, sí puede decirse que Carlitos en aquel soñar vió levantarse en su alma una serie de cosas dormidas, y que estaban así a través de sus diez y siete años... Era una palabra oída un día en la plataforma de un tranvía, yendo acompañado de doña Bernarda, y cuyo significado se le escapaba; era una sonrisa, que una dama francesa dirigía a un transeunte, caminando por la acera de la calle de Peligros; era un cuchicheo de las criadas viejas de su casa, que, aunque viejas, también tenían sus pretensiones y, sobre todo, sus recuerdos; era... en una palabra, la derrota de doña Bernarda.

De doña Bernarda, que no había tenido la precaución de meter al niño en un fanal, acabado de nacer... y procurar que las paredes del fanal no fueran transparentes.

Carlitos Romaguillas no había ido nunca a un teatro. En cierta ocasión en que en un cine madrileño de la calle de Génova se exhibía una película autorizada por Su Eminencia el Cardenal-Arzobispo de París, su madre lo llevó y... a los diez minutos madre e hijo estaban en la calle. Resultaba que en la película salían un joven y una joven que estaban para casarse y, en un momento dado, se quedaban solos en la pantalla.

¡Qué abominación!

—Que me perdone Su Eminencia—salía diciendo doña Bernarda—, pero al autorizar eso se le ha ido la mano.

Carlitos Romaguillas no había leído nunca un libro de los llamados atrevidos, ni casi de los otros: una vez le pescó doña Bernarda con un libro de cocina en la mano y se apresuró a arrebatárselo y le echó una buena reprimenda porque leyó en el encabezamiento de una receta: “Se coge una merluza.”

Y el consejo le pareció abominable.

El muchacho no se había reunido nunca con malas compañías, es decir, con eso que así se llama, vaya usted a saber por qué: ni con malas ni con buenas, pues ya se ha dicho que la madre nunca le dejó salir solo a la calle.

Y, sin embargo, cuando el muchacho se despertó de aquel sueño ya no era puro, ni inocente, ni nada.

Un literato atribuiría la cosa al ambiente de París; pero a los literatos no se les debe hacer mucho caso, pues, por lo general, cuando escriben lo hacen mirándose al propio ombligo.

Sería... lo que fuese, pero es lo cierto que durante todo aquel día, con gran asombro de su hermana y de tío Lorenzo, el muchacho no expresó en todo el día ni una sola vez su deseo de ir a visitar la fábrica de niños de París.

¿Para qué, si ya la había visto?

Habíase operado en él un muy visible cambio

psíquico; estaba más animado, más decidido, no sabía en concreto a qué. Hasta se diría que comió con más apetito, y cuando aquella tarde tío Lorenzo, siempre fiel a sus juramentos, le llevó, para expansionar el ánimo, a visitar el cementerio del Père Lachaise, el joven tuvo una frase que al tío estuvo a punto de convertirle en una de las estatuas que adornaban algunas de aquellas tumbas.

—¡Cuánta mujer guapa debe haber enterrada aquí!

—Vámonos—se apresuró a decir don Lorenzo.

La necrópolis de fama universal se le apareció de pronto como un lugar de perdición, en el que sólo las calaveras tenían razón de ser.

X

Carlitos se acostó aquella noche a la hora de costumbre.

Tardó un rato en dormirse, y llevaría una hora de sueño cuando despertó de nuevo. No había soñado, o por lo menos no lo recordaba; estaba muy tranquilo y muy decidido.

Se levantó de la cama y, sin darle gran importancia a la cosa, se calzó unas zapatillas y, en pijama, salió al pasillo. Como un sonámbulo, es decir, sin preocuparse de que pudieran oírle, se encaminó al cuarto de Yvette.

Supongo que el lector no se habrá olvidado de Yvette; es aquella doncella normanda, bien construída, de pecho de almohadón, a la que tío Lorenzo rendía visita algunas noches.

Al pasar de día ante la puerta del cuarto de la doncella el muchacho había visto la disposición de la estancia, de modo que ahora, aun es-



tando ésta a oscuras, podía perfectamente encaminarse a tiro hecho donde iba.

Y donde iba era al lecho, como habrán ustedes podido adivinar.

La muchacha, al oír que la puerta se abría y que alguien entraba, dijo, en tono de reproche:

—Ay, hijo, Lorenzo, creí que no venías.

El joven, que tenía un fondo indudablemente de honradez, no quiso aprovecharse lindamente de la confusión y dijo:

—No soy Lorenzo, soy Carlos.

—¡Ah!

Difícil sería explicar lo que pasó por el ánimo de la normanda al darse cuenta de aquello. Sería injusto decir que lamentaba el cambio: Carlitos, sin ser un Adonis, tenía buena presencia y bastantes años menos que tío Lorenzo, de modo que no se perdía gran cosa con hacerle caso.

Lo malo sería que al otro se le ocurriera venir en lo que el sobrino estaba aquí.

El joven hablaba con una gran naturalidad, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que sorprender doncellas en sus refugios nocturnos. Antes de que la normanda le hubiese invitado a acompañarla en su lecho el hombre pegó un salto y se instaló en él, aunque reservando para la dama el mejor sitio. Ella quiso dárselas de inocente.

—Pero ¿qué es lo que quiere usted?

—¡Qué he de querer! Charlar un rato contigo.

—Y ¿cómo es que no se le ha ocurrido hasta ahora?

—Porque hasta ahora no me he enterado de lo bonita que eres.

—Lo malo es que si su hermana se entera me va a plantar en la calle.

—No se enterará: no tiene por qué enterarse. ¿Se ha enterado de que venía aquí mi tío todas estas noches?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no soy sordo.

La muchacha, al ver que estaba enterado, no creyó conveniente seguir dándole coba.

Era buena y cumplía bien aquella moza: lo hacía con esa tranquila indiferencia con que en el fondo casi todas las mujeres francesas acceden a ser amables con los buenos mozos, o con los que a ellas se lo parecen; sin darle ese aspecto trágico que tanto cultivan las hembras de otros países, ni creer tampoco que al ceder hacen un honor inmenso al sujeto a quien se entregan.

De ese modo, sin estridencias, sin sacar cosas de quicio, Carlitos Romaguillas conoció las primicias del amor, de aquella cosa insospechada para él hasta casi unas horas antes.

Salió de allí al amanecer, volvió a su cuarto, se acostó y nunca durmió con tanta tranquilidad y con tanto gusto.

A la noche siguiente volvió, y volvió también otras varias.

Hasta que llegó el día en que él y tío Lorenzo, abandonando París, se volvieron a Madrid. Al marcharse de casa de la hermana los viajeros, Yvette se quedó llorando en un rincón del vestíbulo.

XI

Doña Bernarda, al ver de nuevo a su hijo a su lado, respiró. Y aún lo hizo con más amplitud cuando, a solas con su hermano, éste le aseguró con toda formalidad que había cumplido sus juramentos y sus promesas, y que Carlitos no había pisado en París ningún sitio o paraje que ni remotamente pudiera calificarse de pecaminoso.

—Nunca ha salido de casa de su hermana después de las siete de la tarde.

Y era verdad.

El chico en Madrid seguía haciendo su vida de antes: sólo que ahora tenía que hacer continuamente un esfuerzo para que su madre no adivinase que él ya estaba al cabo de la calle de muchas cosas.

Pasaron unos meses, casi un año. Una tarde, cuando ya Carlitos casi se había olvidado de su

viaje a París, y sólo se acordaba de Yvette para compararla en su pensamiento con las mujeres que veía por la calle, llamaron a la puerta de la casa de doña Bernarda.

Era una muchacha francesa, muy bien vestida, y que llevaba un niño de muy pocos meses en sus brazos.

Era la ex doncella normanda. Y decimos ex doncella porque la hija de doña Bernarda la había despedido de su casa.

Chapurreaba unas palabras en español, y por medio de ellas expresó a la criada que le abrió la puerta su deseo de ver a la dueña de la casa.

Cuando la criada pasó el recado y describió a doña Bernarda cómo era la visitante, el primer cuidado de la madre fué confinar a Carlitos en el último rincón de la casa, donde no pudiese ver a la interfecta. ¡Una chica guapa, y francesa por añadidura! ¡Qué horror!

Adoptada esa precaución, doña Bernarda no tuvo inconveniente en recibir la visita. ¿De qué podía tratarse? Aunque sólo fuera por curiosidad valía la pena de verlo.

La muchacha pasó: venía con cierto embarazo—y no es chiste, pues ya no hay de qué—y la propia doña Bernarda tuvo que darle ánimos para que expusiera el objeto de su visita.

¿Qué hablaron las dos mujeres en los veinte minutos que duró su conversación? No se sabe. Lo cierto fué que, al cabo de esos veinte minu-

tos, Yvette abrió la puerta del gabinete en que visitante y visitada se habían encerrado, y salió al pasillo dando grandes voces y pidiendo auxilio y socorro, no para ella, sino para doña Bernarda.

Cuando acudieron las criadas la noble dama yacía desmayada en el suelo: sus puños crispados y la expresión de su semblante daban a entender que antes de privarse de sentido, se había emberrenchinado de lo lindo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?—preguntaban las criadas.

—Nada. Estábamos aquí hablando las dos, y de pronto...

Tardó poco la desmayada en recobrar el sentido: un poco de éter y unas aspiraciones de sales bastaron para ello. No preguntó, como es de rigor, "dónde estoy", sino:

—¿Dónde está Carlitos?... ¡Que venga en seguida!

El muchacho creyó estar soñando al verse delante de Yvette. Lo que fué el careo entre él y la joven ya se lo figurará el lector. Despedidas las criadas, la madre le preguntó:

—¿Conoces tú a esta muchacha?

—Vaya que sí. Estaba de doncella en París, en casa de mi hermana.

—¿Y es cierto lo que me ha contado?

Carlitos sonrió.

—Me figuro lo que habrá sido... Es cierto, sí;

lo que no creo es que valga la pena venir desde París para contar una cosa como ésa, que, después de todo, no tiene nada de particular.

Doña Bernarda creía estar en otro mundo al oír hablar así a su hijo.

—Pero... ¿no has podido decirme tú?...

—¿Yo?... ¿Para qué?

Entonces la madre, mejor dicho, la abuela, fué a un sillón que había en un ángulo de la estancia, y en el cual Carlitos no había reparado hasta entonces, y tomando de él un lío envuelto en unos paños blancos, se lo enseñó a su hijo.

—¿Y esto? ¿Es verdad también esto?

Esto era un rorro de pocos meses, el mismo que Yvette traía consigo al llegar a la casa.

A su vista Carlitos se quedó un poco desconcertado: con aquello sí que no contaba él. La muchacha vió que en aquel momento se lo jugaba todo y, adoptando una actitud de actriz dramática despedida, dijo al muchacho:

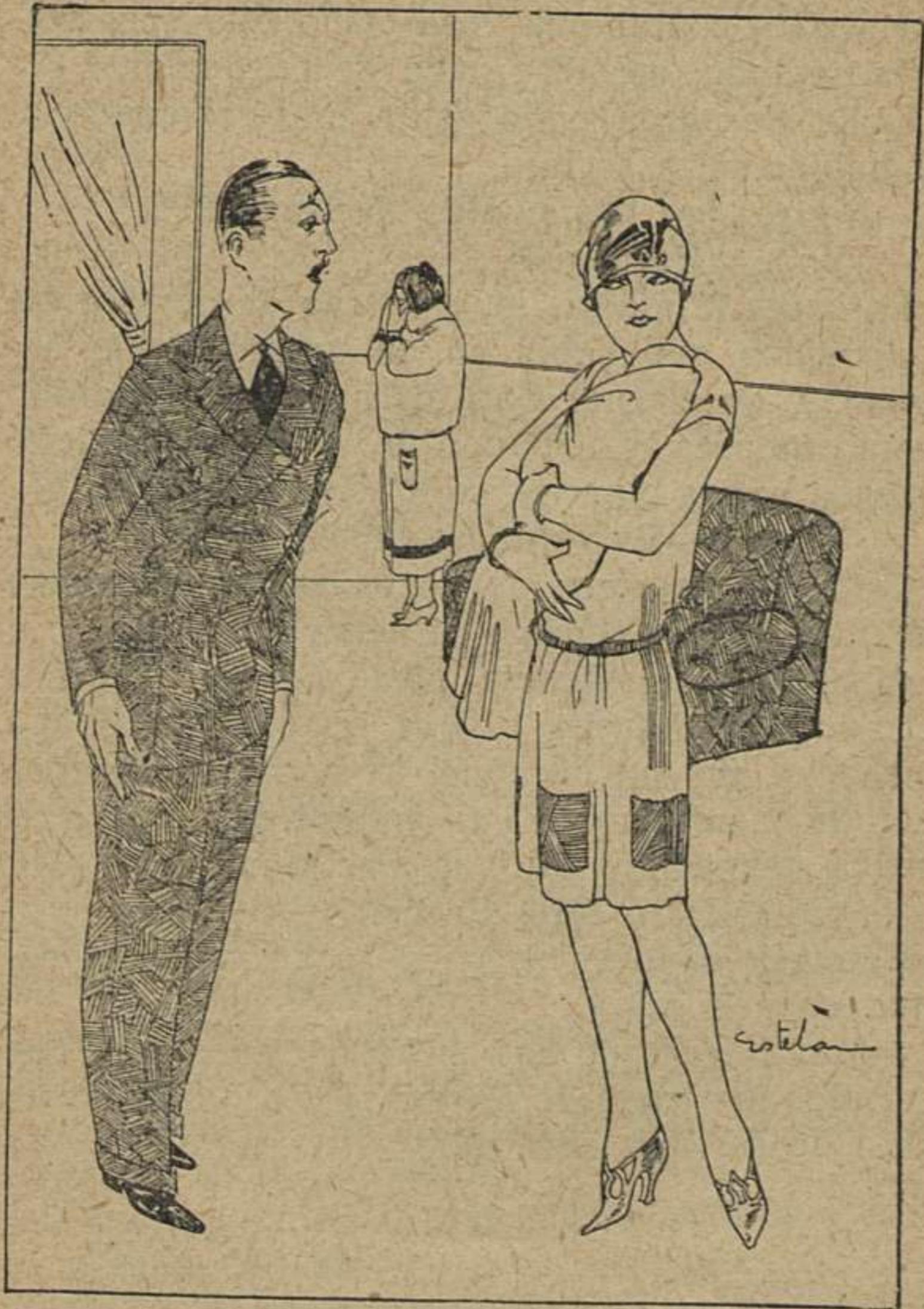
—¡¡Es nuestro hijo, Carlos!!

Entonces el joven se volvió a su madre y, serenamente, le dijo:

—Mamá, ¿no me has dicho muchas veces que los niños los traen de París? ¿Pues por qué éste había de ser una excepción?

* * *

Al lector y a mí nos queda una duda. ¿Aquel



nene era realmente hijo de Carlos Romaguillas?

Pero... ¿para qué nos vamos a meter en averiguaciones?

Joaquín Delgado



Esteban

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN "LA NOVELA DE HOY"

- Núm. 5.—El amigo de la Curri.
Núm. 18.—Biarritz en pijama.
Núm. 28.—Mis memorias de una noche.
Núm. 45.—Memorias de un buzo.
Núm. 56.—El sultán de Recoletos.
Núm. 71.—El centro de mesa.
Núm. 83.—Titina, segunda tiple.
Núm. 103.—El bebé de Bernabé.
Núm. 117.—La hora del abandono.
Núm. 136.—¿Conoce usted al procesado?
Núm. 153.—Alta mar.
Núm. 173.—El Carnaval en la Habana.
Núm. 187.—La reina de los Pirineos.
Núm. 206.—Las ojeras.
Núm. 233.—Monsieur Cornelle.
Núm. 246.—Don Juan en Chapultepec (extraord.^o).
Núm. 260.—Javiera Pompadour.
Núm. 278.—Trata de blancas.
Núm. 289.—Montmartre en camisa.
Núm. 292.—¿Burdeos o Borgoña? (Almanaque).
Núm. 299.—Los señores apaches.

Se ha puesto a la venta la segunda edición de

ROSA DE CARNE

con nuevos capítulos y soberbia portada del genial e inimitable dibujante *Federico Ribas*.

Esta segunda edición de

ROSA DE CARNE

la amenísima y flageladora novela de

ARTEMIO PRECIOSO

se agotará más rápidamente que la primera, a juzgar por los pedidos que hasta ahora existen en la

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, 42, Madrid.

La Editorial Atlántida ha puesto a la venta un nuevo libro de versos del poeta de tan alto como extendido nombre.

Panderetas de España

se titula esta obra, llamada a merecer el éxito que alcanzó siempre el insigne maestro

EMILIO CARRERE

cuyo nombre es siempre segura garantía de arte.

CUATRO pesetas ejemplar.

Pedidos a

EDITORIAL ATLANTIDA

Mendizábal, 42.—Madrid.

En breve aparecerá

EL AMOR DE

CADA DIA

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO



Pedidas a

La Novela de Hoy y Editorial Atlántida

CINCO pesetas ejemplar.

Las memorias de la Bella Otero

es uno de los libros más interesantes y más divinamente frívolos, publicados en estos últimos tiempos.

La vida apasionada de una mujer que fué deseada por todos y amada hasta el suicidio por muchos.

Más de 500.000 ejemplares vendidos en Francia durante el primer año.

Prólogo y traducción del gran novelista

Joaquín Belda

Dos tomos a 4 pesetas cada uno



Pedidos a

Editorial Atlántida.- Mendizábal, 42

MADRID

Lea usted todas las semanas

“MUCHAS GRACIAS”

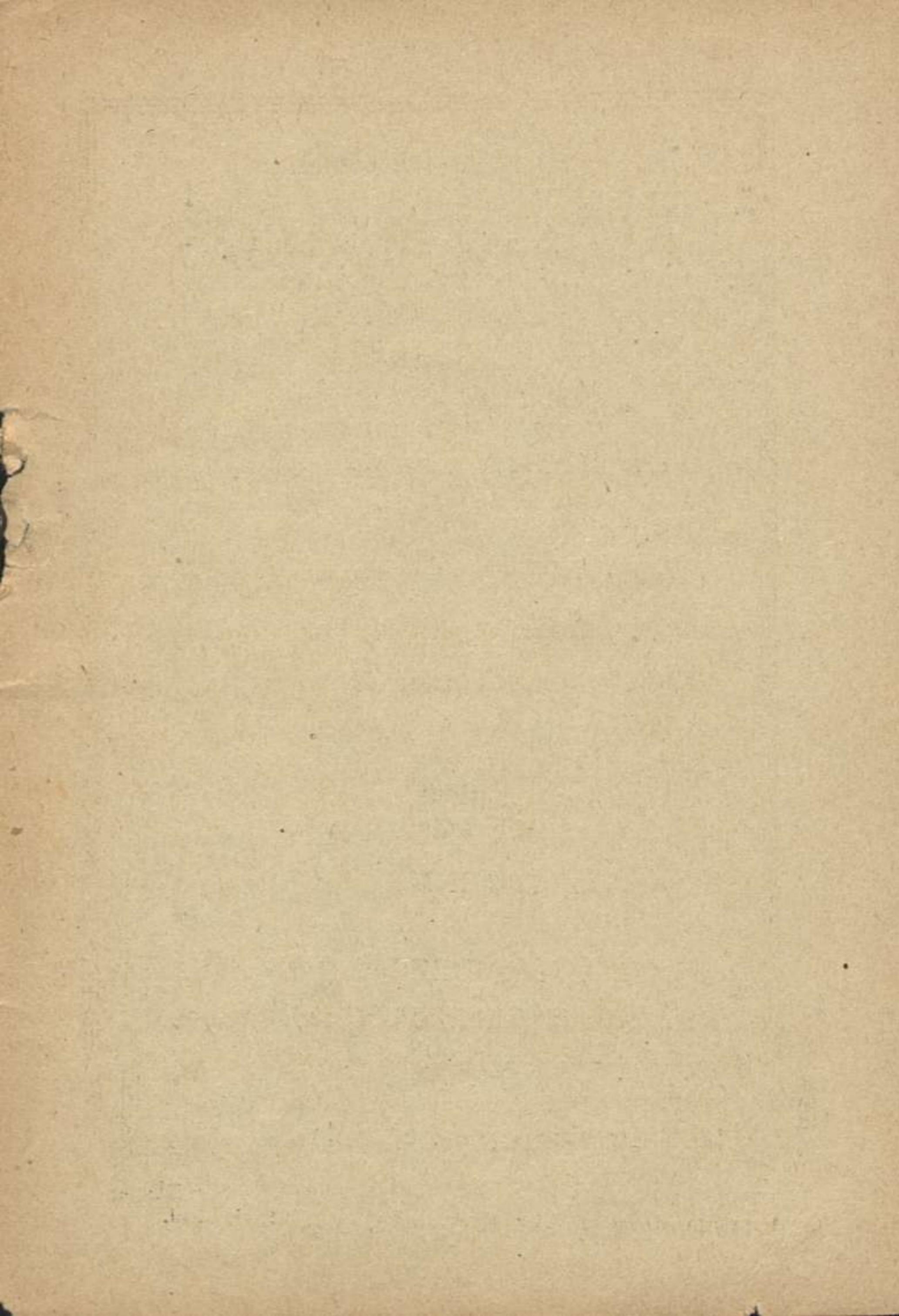
ARTE, ESPIRITUALIDAD, GRACIA
Y PICARDIA

Los mejores dibujantes españoles y extranjeros; la más selecta colaboración literaria.

Artículos de Zamacois, Artemio Precioso, Zúñiga, F. Mora, Díez de Tejada, Benlliure y Tuero, Carlos Espla, José Bruno, Mariano Tomás y otros.

Dibujos de Ribas, Baldrich, Vázquez Calleja, Quintanilla, Ferxama, Esteban Pomareda, Bosch y de los principales artistas franceses.

30 céntimos ejemplar
EN TODA ESPAÑA



¡¡Acontecimiento novelesco!!

Se ha puesto a la venta la tan esperada novela del gran humorista

W. FERNANDEZ FLOREZ

titulada

“RELATO INMORAL”

Esta novela, de cerca de trescientas páginas, es una sátira deliciosa de la vida sexual española, tan llena de ne-
gruras y contrariedades, tan sombría y
grotesca.

“RELATO INMORAL”

constituirá el más grande y definitivo
éxito del excelso autor de “LAS SIETE
COLUMNAS” y tantas obras maestras
de la literatura contemporánea.

Lea usted, pida usted, compre usted

“RELATO INMORAL”

por

W. FERNANDEZ FLOREZ

Pedidos a la Editorial Atlántida, Men-
dizábal, 42, Madrid, y en todas las li-
brerías.

Precio, 5 ptas. ejemplar.